

EL COFRE MISTERIOSO

Por VALLE.



En el país de la fantasía existe el conocido reino de los enanos; hermoso lugar cubierto de exuberante vegetación en donde una primavera eterna hace más fértil la esponjosa tierra. Muy apartado de las maravillosas ciudades, habitadas por Magos y Hadas se encuentra un rincón de prodigio llamado «El Valle de la abun-

dancia». En una rústica y confortable casita de madera, que circunda una huerta cuidadosamente cultivada, en la que los frondosos árboles frutales ofrecen su acogedora sombra en las cálidas horas del mediodía, habitan nuestros cinco enanitos ejerciendo la agricultura. Vinagrete, con el ceño eternamente fruncido, sierra con tesón un grueso tronco. A pocos pa-

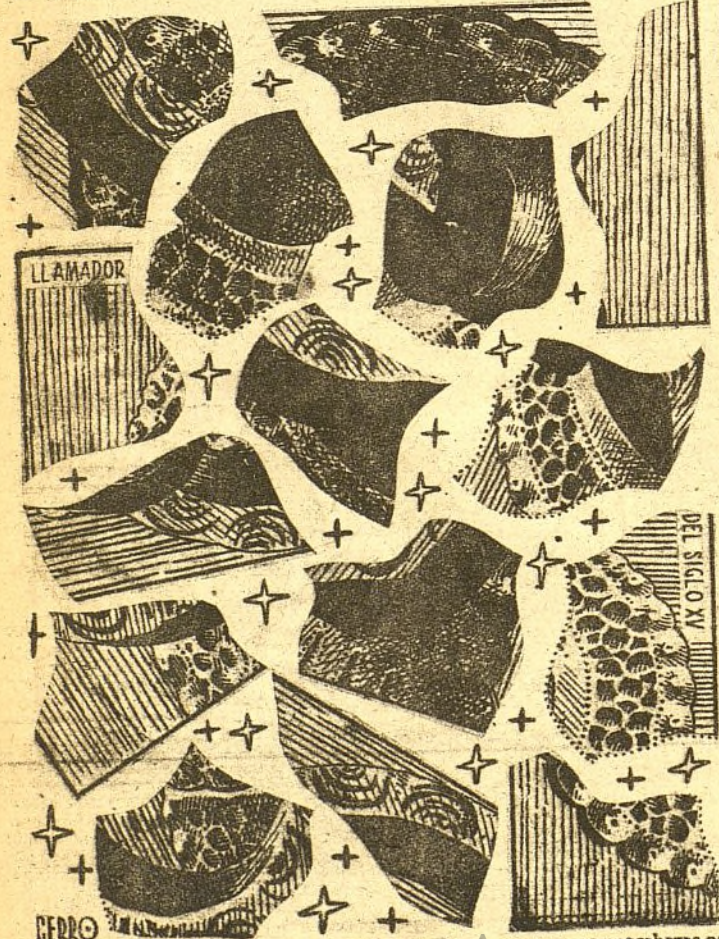
sos de él, Pizarrín, afila una hoz haciendo saltar a su alrededor un torrente de chispas, mientras Pimentón, en el corral, disfruta al verse rodeado de sus amigos las aves y los cochinitos que le saludan a coro al recibir de sus manos la succulenta comida, que saca de grandes y pesados calderos, los cuales transporta sobre un carrito de ruedas del que tiran dos enormes gansos. Cerca de la casita, Cascabel perpetuamente

alegre, canta a toda voz mientras saca agua del pozo y la vierte al pilón construido junto a éste. A alguna distancia de la casa, en plena huerta, está arando Mostacilla, cómodamente subido sobre el arado, del que tira con esfuerzo Cacillo, el infatigable perro de Cubillo. De pronto la reja queda empotrada en la tierra, resultando vanos los esfuerzos realizados por el perro y el enanito, el cual agotado y sudoroso decide llamar a sus hermanos. — ¡Pizarrín, Vinagrete, Cascabel, Pimentón, venid corriendo! Las voces de Mostacilla que llega jadeante hace suspender su trabajo. — ¿Qué te pasa? — pregunta Cascabel, que ha sido el primero en llegar. — Se ha empotrado el arado y no puedo sacarlo. — ¡Siempre te suceden cosas raras! — exclama Vinagrete, acercándose al grupito. ¡Ah, yo mismo la saco! Sin ocultar su mal humor Vinagrete se agarra al arado tirando con fuerza y al ver que éste sigue sin moverse vuelve a decir: — ¿Qué hacéis parados? ¡Tirad conmigo! Los cuatro enanitos forman una ristra agarrados unos a otros para hacer más fuerza. — ¡A la una, a las dos y... a las tres! El esfuerzo surte su efecto. El arado levanta un terrón de tierra, haciendo rodar por el suelo a los cinco enanitos y dejando al descubierto un cofre negro. ¿Qué misterio oculta?



Quando realices estos trabajos, no uses goma. Te bastará no apretar el lápiz hasta conseguir dibujar con facilidad el esquema núm. 1 de cada motivo. Verás entonces cómo sobre esos trazos débiles construirás fácilmente las restantes figuras. El dibujo núm. 3 del futbolista te indica la forma de proceder. Repite estos ejercicios de memoria. Copia del natural otros modelos parecidos.

JOYAS de ESPAÑA



Aunque os parezca extraño, tenéis delante de vosotros un rompecabezas pequeño, pero de grandes y seguros golpes. Como el comprobarlo no cuesta dinero, podéis repetir la operación de todas las semanas.

Grandes Hombres



LA CIERVA «EL AUTOGIRO»

El aeroplano necesita mucho espacio de terreno para elevarse y para aterrizar, y siempre con peligro desde que toca el suelo hasta que queda inmóvil.

Un ingeniero español, Juan de la Cierva, inventó un aparato de aviación que, participando de las propiedades del aeroplano, puede elevarse y aterrizar con facilidad, casi verticalmente, necesitando muy poco terreno; como la terraza de una casa, una pequeña plaza, la cubierta de un barco, etc.

Tampoco tiene el riesgo de la caída vertical porque aunque tenga avería, no siendo grave, el aparato desciende lentamente.

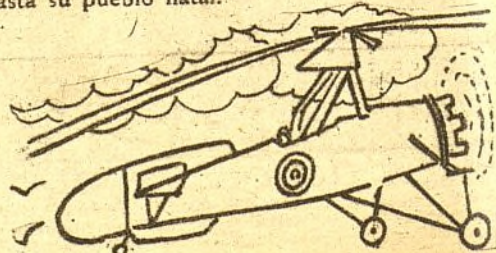
Este aparato, llamado «autogiro», tiene unas palas a manera de hélices grandes situadas encima del mismo y suprime las alas de los aviones.

La Cierva consiguió con su invento el mayor progreso alcanzado en la aviación hasta nuestros días.

Este inventor nació en Murcia en 1895. En 1921 realizó su primera ascensión en el autogiro de su invención.

En 1930 piloteando él mismo su aparato realizó el viaje directo desde Londres hasta su pueblo natal.

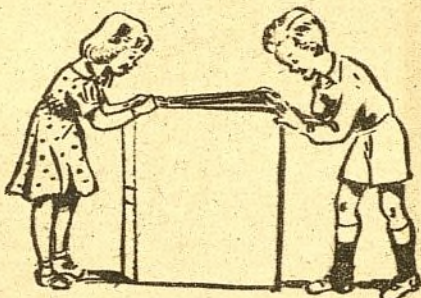
Este inventor español murió en accidente de aviación, pero no conduciendo su aparato.



de Madrid

Doctrina y ESTILO

¡A TRABAJAR!



Poco a poco el curso avanza. Tal vez son estos días de primavera los que se os hacen más pesados. ¡Qué bien, pensáis, se estaría en la calle, tomando el sol, disfrutando el aire puro, bañándose en la luz dorada de estos maravillosos días, en que se renueva la vida del mundo! Y llevados acaso de la tentación de la pereza, una buena mañana dejáis la clase y os vais a jugar. Y creéis luego arreglarlo todo con una mentira que decís a vuestros padres, creyendo que nadie va a saber lo que habeis hecho.

Si obráis así, os engañáis. La mirada de Dios sigue vuestros padres, y vuestros padres de una manera o de otra llegarán a enterarse de vuestra deserción. Pero hay además otra

cosa sumamente perjudicial, es vuestra cobardía, vuestra falta a la clase, ese retraso que en vuestra formación ha de ocasionar vuestra conducta. ¿Qué sacáis de haber faltado a vuestra obligación? Dejais descontentos a vuestros maestros, poneis tristes a vuestros padres, y os haceis a vosotros un daño que sólo más tarde



podreis calcular. El trabajo es duro, decís, y por eso no vais a la escuela y no asistís al colegio con la puntualidad exacta, con el ánimo resuelto, con la cara sonriente que llevan los buenos estudiantes.

El perjuicio es vuestro, si obráis de esta manera; os pronostico un porvenir mediano en la vida, días/es-

tériles y una existencia despreciable. Y por de pronto, las dolorosas calabazas para el mes de junio.

No olvidéis que la vida es lucha, lucha noble por conquistar un puesto digno de vuestro rango, de vuestras cualidades y de vuestro ingenio. ¿Y qué puesto vais a conquistar vosotros, si no os armáis ahora con el trabajo, con la disciplina, con el cumplimiento del deber, con el conocimiento de toda clase de cosas útiles para el desarrollo de vuestra actividad? Seréis unos vencidos; sufrireis siempre la humillación de estar en el último lugar.

A trabajar, pues, el triunfo de ahora entre vuestros con-

discípulos, es el anuncio de los triunfos más brillantes y sabrosos del mañana.

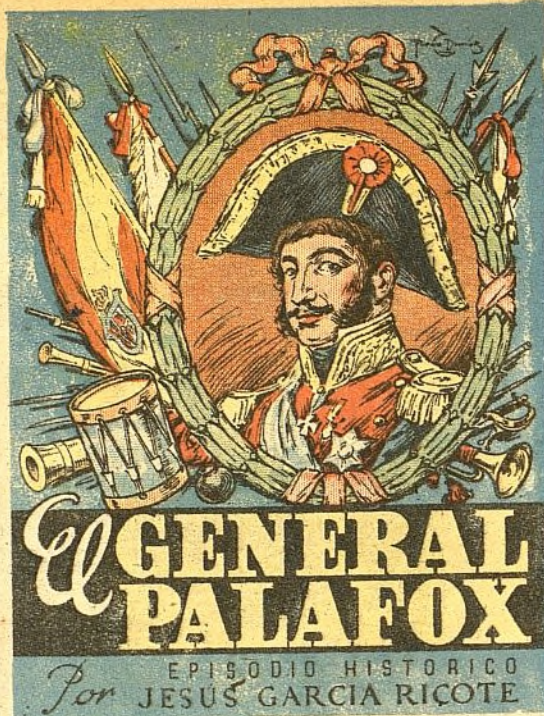
Fray Justo
Pérez de
Urbel



CAPÍTULO III

AGUSTINA DE ARAGÓN

Bailén fué el primer desastre que sufrió en España el ejército francés y Napoleón, picado en su amor propio, vino al año siguiente a España al frente de ciento cuarenta mil soldados. Restauró en el trono a su hermano José, que había salido de Madrid y mandó al general Lefebre que tomase a Zaragoza, que era una de las pocas ciudades que no se habían sometido a su poder. Zaragoza estaba mandada por Palafox y tenía en su recinto sólo cuatro batallones, no muy bien equipados y unas cuantas piezas de artillería. El general Lefebre intimó a los defensores de la plaza, amenazando a Palafox de que no dejaría piedra sobre piedra; pero la contestación fué el reírse de sus amenazas y el decirle que Zaragoza no se rendiría mientras tuviese un solo hombre que la defendiera. Bramó de coraje Lefebre, que aspiraba llevarse el bastón de mariscal que, según Napoleón todos sus soldados llevaban en la mochila, y emplazó



quería mucho y al que apodaban «Mano-dura», a causa de la dureza de su mano para trabajar el hierro. Dicho herrero hacía bolas redondas para las piezas de artillería y fué uno de los primeros paisanos que acudieron al alistamiento. Andrés le siguió e hizo creer a su madre y a su abuela Agustina que seguía tirando del fuelle en la fragua de la herrería.

—Aunque mi cuerpo es el de un niño, mi corazón es el de un hombre—le dijo a «Mano-dura».

Bien demostró que era cierto un día en la Puerta del Carmen, cuando le atacó un regimiento francés de los más aguerridos. La lucha fué terrible y sangrienta. Allí la artillería francesa no pudo disparar porque hubiera matado a los suyos y los soldados de Napoleón se lanzaron al arma blanca, dando vivas al hombre que les tenía fanatizados y era para ellos un semidiós.

—¡Adelante!—decían. ¡No hay quien detenga a los soldados de Jena y de Austerlitz!

Y llegaron hasta la misma Puerta del Carmen, pero allí estaban los aragoneses, que les detuvieron.

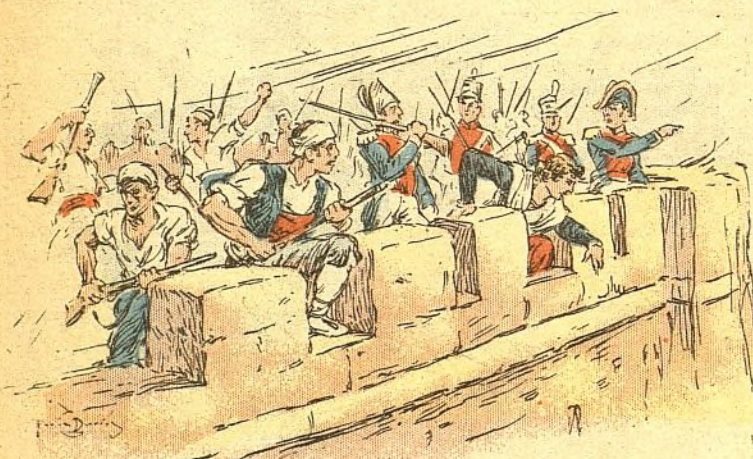
—¡Mueran los gabachos! ¡Viva la

Virgen del Pilar! Y una tromba de hierro salió de las trincheras, derribando a las primeras filas de asaltantes.

—¡Viva España! ¡Viva don José Palafox!

Andrés, tras de un parapeto, manejaba una escopeta, disparando sin cesar hasta agotar las municiones. Aquel niño llamaba la atención. Junto a él luchaba, con una bocacha, el herrero «Mano-dura».

—No asomes tanto la cabeza, Andrés—aconsejaba al niño.



en torno de la ciudad las doscientas piezas de artillería que tenía su ejército. El bombardeo fué terrible y en los dos primeros días, más de mil globos de hierro se estrellaron en las murallas y en las manzanas de casas de la capital de Aragón. Palafox distribuyó sus tropas por todo el recinto amurallado y armó a los paisanos, que, sin distinción de edades, corrieron a engrosar el número de los defensores de la ciudad. No quedó una arma ociosa en los desvanes: mosquetes, fusiles, lanzas, pistolas, trabucos naranjeros.... La lucha empezó dura y terrible; los sitios de Zaragoza tenían que pasar a la historia y servir de ejemplos a las ciudades sitiadas.

En una casa de la ciudad habitaba una señora llamada María del Pilar, que tenía una sobrina, que era huérfana, cuyo nombre era Agustina, y un hijo de quince años, que le llamaban Andrés. Este niño estaba de aprendiz con un herrero, que le



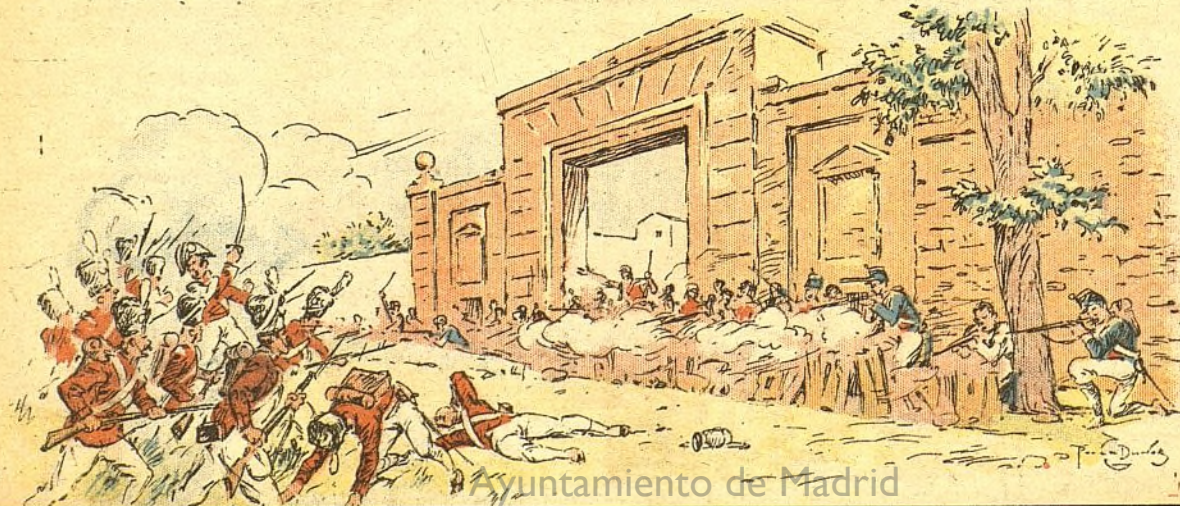
—Es que quiero tirar sobre seguro y el humo me lo impide.

—¡Que ya están encima de nosotros, Andrés!

No mentía el «Mano-dura», pues el regimiento francés había sido reforzado por dos batallones de infantería y una compañía

de ingenieros con bombas para volar, por aquella parte, la muralla y sepultar a sus defensores. Mas Palafox, que no dormía, acudió con quinientos soldados y dos piezas de artillería, que arrojaron a bocajarro un torrente de metralla. El destrozo que hicieron en las filas imperiales fué enorme. Más de doscientos soldados quedaron tendidos frente a las trincheras, donde se batían como leones los hijos de Aragón.

(Continuad).



El príncipe insatisfecho

TEXTO ORIGINAL DE VALLE.

El labrador se escandalizó de tal forma,

que el príncipe decidió no insistir.

Al día siguiente, hallábase todavía durmiendo, cuando entró Siro, con rostro descompuesto.

Ruido de voces se elevaba de la calle.

—¿Qué sucede?—preguntó Ziriab.

—Señor. En la calle está congregado todo el pueblo, espe-

Siro volvió a callar, siguiendo en silencio al príncipe, quien montado de nuevo en su caballo se dirigió a la posada.

Tres días pasaron en el poblado observando las costumbres de sus habitantes. Las casas eran miserables y las gentes apenas comían, con el único deseo de ahorrar. Muchos de ellos araban la tierra por su propia mano para evitarse el gasto de mantener a los bueyes que tiraban del arado. Y entonces fué cuando Siro comprendió las palabras de su señor.



—Decidme—preguntó en cierta ocasión en que se hallaban contemplando las huertas. ¿No sería mejor tener un par de bueyes, que harían más pronto el trabajo y abarcarían más terreno?

—Desde luego. Ya ves cómo la avaricia los hace mezquinos. La pobreza que padecen se debe a ellos mismos. Mira cuánto terreno hay sin cultivar que podría dar espléndido fruto.

—¿No os parece que debieramos sacarles de su error?

Ziriab sonrió con tristeza.

—Difícil es—contestó.

Sin embargo deseoso de mostrar a su escudero que llevaba razón, se acercó a uno de los labradores y trató de convencerle de la necesidad de ampliar sus cosechas, valiéndose por los animales de labranza.



rando que salgamos. Van armados con palos y tienen muy malas intenciones a juzgar por sus rostros.

Ziriab se levantó bajando al poco rato.

Con ademán enérgico abrió la puerta y se encaró con los sediciosos:

—¿Qué queréis?

—¡Matémosle! ¡Ese extranjero quiere desposeernos de lo poco que tenemos! ¡Fuera de aquí!—gritó el labrador con quien habían hablado.

Un enorme griterío se elevó de nuevo y empujando los palos intentaron acercarse a Ziriab.

Este desenvainó su espada gritando:

—¡Deteneos! Al que se acerque a mí lo atravieso!

(Continuará).



Del biberón a la FAMA

BREÑA

Preguntad, amiguitos, a vuestros papás cuántas veces se han reído con Faustino Breña y veréis como os contestan con una sonrisa y un número muy grande. Que el gracioso actor del que hoy vais a conocer el biberón ha hecho olvidar muchas penas y ha endulzado muchas amarguras con su vis cómica brutal, de recia personalidad. Y vamos con ese biberón si es que el simpático Breña deja ya de hacer gestos y se está quietecito sentado junto a mí.

—Vamos a ver si eres formalito y me contestas a estas dos preguntas: ¿Cuándo y dónde naciste?

—Nací en Madrid, según me ha dicho mi madre.

—¿Yo no lo recuerdo, el día 30 de Octubre.

—Bueno, ¿pero el año?

—El año es una cosa redonda compuesta por 365 días o 366 si es bisiesto.

—Muy salada la definición, pero lo que yo te pido es el año en que naciste.

—Ah, el año en que nací. Mira, me lo callo, porque si te lo digo vais a saber la edad que tengo.

—Como quieras. De todas formas se ve que ya has cumplido los quince. ¿Me quieres decir ahora cuántas fueron tus primeras efusiones?

—Mamer. Mi madre me ha dicho muchas veces que era un tragón.

—Bien, pero además de la lactancia, o mejor dicho, después de ella sentíais inclinación hacia algo.

—Pues sí, hombre. Me gustaban mucho los toros y quería ser torero. Como mi padre tenía el restaurante de la plaza de toros yo veía a éstos y a los toreros, y los trajes de luces y el brillo de sortijas de los espadas me atraían. Claro que cuando alguno iba herido a la enfermería y le sentía quejarse sentía apagar un poco mi pasión favorita. Pero cuando ésta subió al máximo fue un día que vi cobrar a Fuentes un buen montón de billetes. Había de tomar en seguida el tren y le pagaron allí mismo. Mis ojos se llenaron de «péñe» y decidí ser torero para vestir el traje de luces y cobrar de prisa y abundantemente. Pero un pequeño detalle truncó mi afán de gloria y fortuna, y fue que los toros tenían cuernos, y así no había manera.

—Claro, claro. ¡Qué lástima, hombre! Ahora me vas a decir si fuiste muy travieso de niño.

—Yo de niño era muy bruto. Recuerdo que un día en el colegio me preguntó el profesor: ¿quiénes fueron los Reyes Católicos? Y yo le contesté: Melchor, Gaspar y Baltasar. Y me quedé tan fresco.

Te creo. Cuéntame ahora dónde trabajaste para el teatro por primera vez.

—Lo hice en el Teatro Prosperidad, cuyo escenario carecía de tablas y estaba solamente formado por unas cuantas vigas. A mí se me ocurrió poner sobre ellas una especie de linóleo, pero cuando salíamos a escena habíamos de ir pisando por donde estaban las vigas y si alguno se equivocaba caía al foso, con gran alborozo del público. Aquello más que teatro parecía una función de circo, a pesar de lo cual yo canté con una bonita voz de barítono, haciendo el Felipe, de La Revoltosa.

—Yo creí que lo que hacéis eran «juegos malabares».

—Como chulla no está mal.

—¿Me quieres contar ahora alguna anécdota de tu vida de artista?

—Cuando trabajé en la primera película de las muchas que he hecho y que fué Currito de la Cruz llevaba ya nueve meses sin dar golpe. Al probarme en los estudios de Madrid Film me colocaron ante la cámara diciéndome: Póngase serio. Muy bien. Ahora, sonríase. Muy mal, no sirve. Enseña los dientes. Como había interés por ayudarme se repitió la prueba con idéntico resultado: Muy mal. Enseña los dientes. Entonces alguien propuso: Vamos a limárselos. A lo que yo contesté rápido: «Con que llevo nueve meses sin comer y ahora que me van a contraratar ¿me van a limar los dientes? Están ustedes frescos». Y aquello les hizo gracia y firmamos el contrato en el acto y yo pude matar aquel hambre atrasada.

—Muy gracioso. ¿Me quieres decir ahora, amigo Breña, qué te gustaría ser si no fueses artista?

—Trombón de vara. Me entusiasma.

—Sobre gustos... Y dime: ¿Te agradecería volver a ser niño?

—No, porque yo de pequeño era feo...

—(¿Cómo sería, Dios mío!) Oye, y ya te dejo. ¿Lées periódicos infantiles?

—Los leo y su lectura es la que más me gusta. Me siento muy bueno leyendo esos cuentos y esas aventuras y chistes. El mundo de los personajes de tales leyendas es un mundo ideal que me hace sentir y soñar de forma tan distinta al mundo real que quisiera poderme dedicar nada más que a dichas lecturas.

—Muy bien, querido Faustino. Y ya me marcho, pues no quiero interrumpir tu trabajo. Pero antes, te doy las gracias en nombre de los pequeños lectores por la amabilidad de tus saladasísimas palabras.—Duendecillo.

EL ATRACADOR



¿Qué quieres saber?

Carmina Tallada y Montserrat de Oruella, (Tortosa).—Os pido perdón por la tardanza y os envío un abrazo muy fuerte junto con el retrato mío y de



Para Carmina Tallada y Montserrat de Oruella, con todo el cariño de las tres
Mari-Pepa, Mari-Pepa, Angeline

mis amigas, a ver si así se os pasa el terrible enfado. Mis hermanos me encargan sus recuerdos y Armandita que os devuelva... el bofetón, pero por carta no tiene importancia ¿verdad? Os dedico dos besos fuertes.



a Juan Antonio Martínez de Egulaz, con toda la compañía de
Lolita, Mari-Pepa, José Antonio

Juan Antonio Martínez de Egulaz, (Madrid).—Aquí van nuestros retratos dedicados, con un cariñoso saludo de mis hermanos y mío.

Mari-Pepa.

Andanzas de PERDIGÓN

TEXTO de VALLE

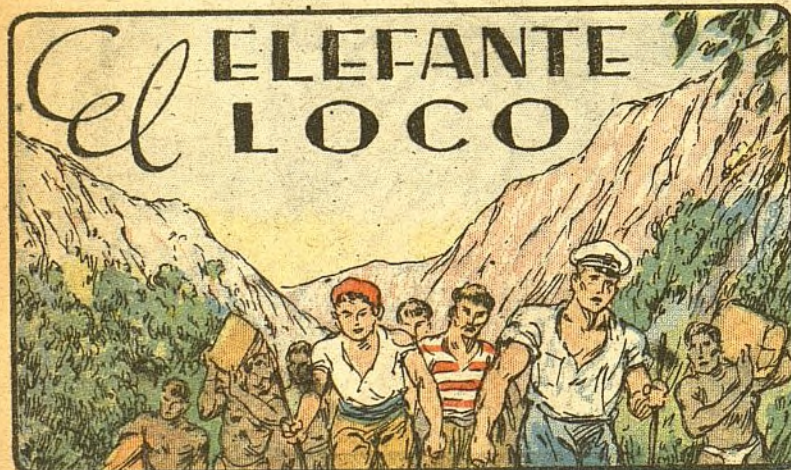
Terminada la faena, echáronse de cara al sol, aguardando el momento propicio para recogerlas. Perdigón, sacó del cestito, que le había preparado la abuela María, un cacho de pan y unas sardinas fritas. El fuerte olor a salobre, que desprendía el mar, abrió su apetito. Sus ojos llenos de infinito, miraban el cielo inacabable y la inmensa extensión de agua en la que la barcaza reducíase a ser un diminuto punto flotante. Al calorillo grato del sol

los hombres dormían placidamente. Perdigón, emocionado por tanta grandeza, arrodillóse clavando sus ojillos en el cielo. — ¿Qué haces? — preguntó el tío Juan al ver que no se echaba a dormir como los otros. — Rezo, para darle gracias a Dios por esta dicha que tengo y pedirle que nos dé buena pesca. — Yo te acompaño — dijo el viejo pescador seducido por el ejemplo del

pequeño. Pero pronto los ojos del anciano, fatigados por el peso de los años, se entornaron suavemente, y su cuerpo buscó el reposo, sumiéndose en dulce sueño. Perdigón intentó dormir sin conseguirlo, tal era el gozo de verse convertido en pescador. Sus ojos ahitos de azul negábanse a sumirse en la ceguera voluntaria del sueño. Único vigilante de la barca, seguía en su puesto sondeando las entrañas del mar, guardadoras de tanta riqueza. De pronto, un grito de alegría brotó en su garganta. — ¡Abuelo! Hay pesca. Suave-

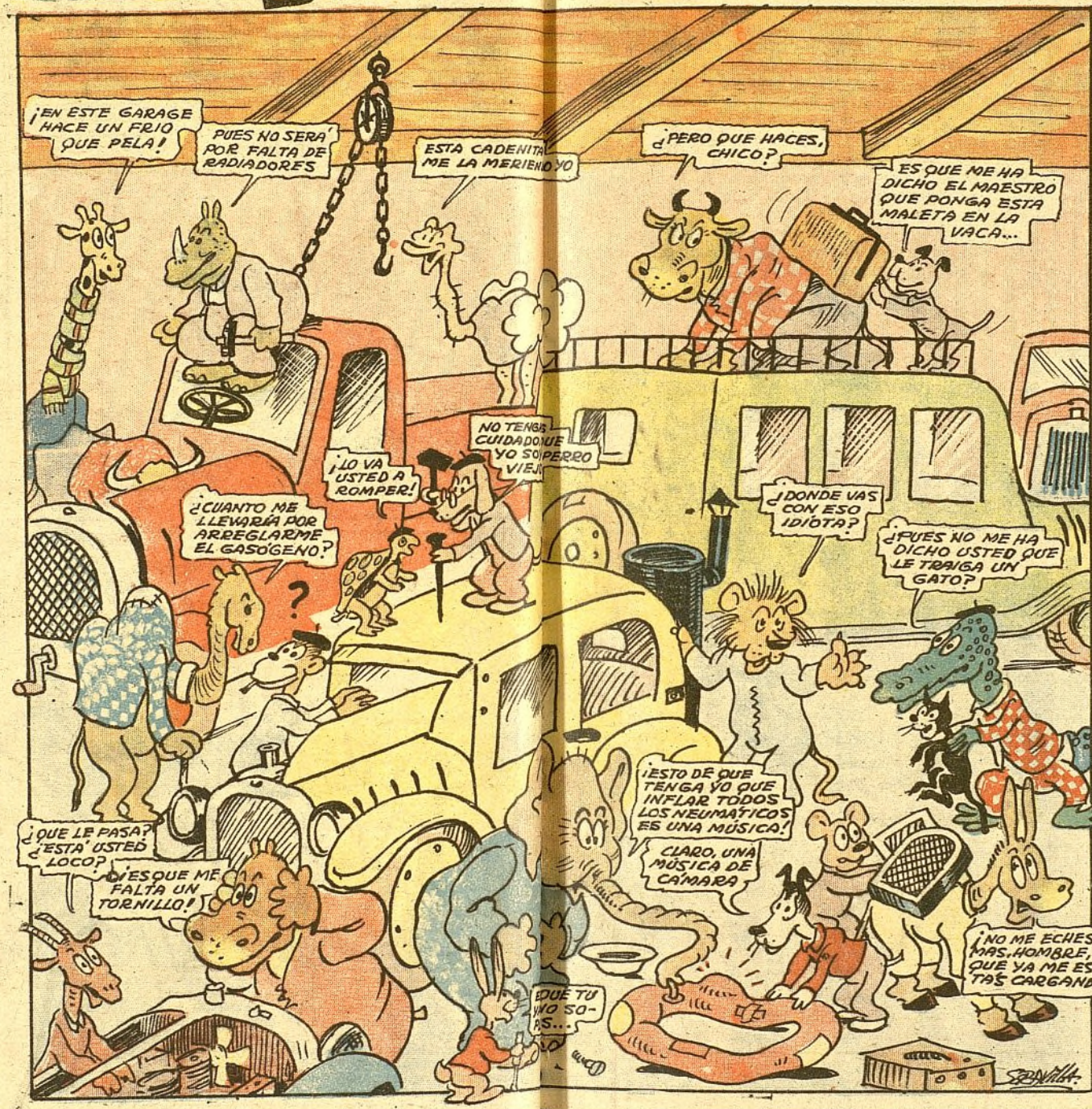
mente zarandéo al pescador para que despertara. Los ojos vivaces habían visto preso en las redes un enjambre de peces. El tío Juan ordenó a sus hombres: — ¡Arriba las redes! Sacúdiennos el sueño, levántense los pescadores. Las morenas manos, curtidas por el sol y el trabajo, tiraron con fuerza de las cuerdas, y muy pronto, ante los ojos dilatados de Perdigón, apareció el hervidero de pescados, escurridizos como el jabón, que cayeron en las amplias espuelas como un chorro de plata. — (Continúa)

¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!... AQUÍ CATAPÚN CHINCHÓN



El peligro que ofrecía el lago, había sido vencido. En tierra firme, la expedición siguió su marcha, a través de un hermoso valle, de peregrina verdura. El agua que corría profusamente, en múltiples riachuelos esponjaba y alimentaba la tierra cubierta de suave hierba. A lo lejos el valle se estrechaba, circundado por montañas de poca elevación, hasta convertirse en una estrecha garganta, por la que se introdujeron los buscadores de marfil. Por fin, des-

ESCENAS de BESTIA POLIS

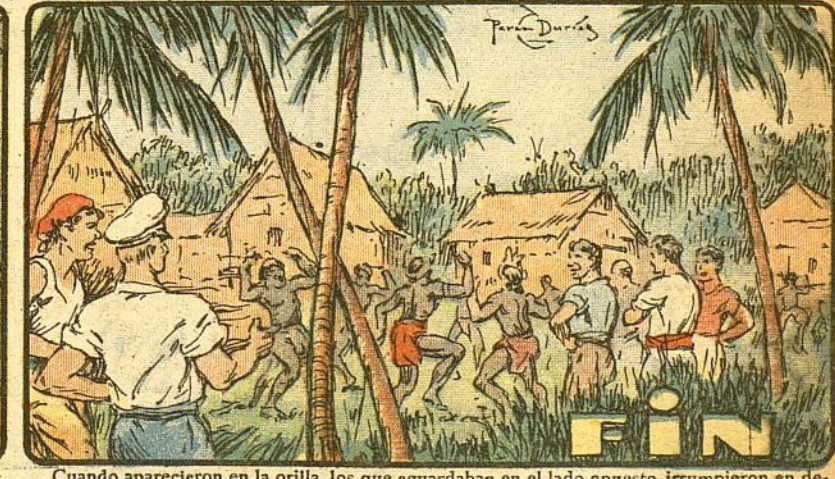


alimentarse de extraños frutos que hallaban a su paso, dieron con el suspirado cementerio de los elefantes. Este se encontraba al final de la estrecha garganta, en donde el sol apenas penetraba y la tierra era áspera y rocosa. Una gigantesca gruta natural se ofreció a los ojos de los expedicionarios, en cuyo fondo un lago de aguas muertas guardaba en su seno el precioso tesoro. —¡Aquí está el marfil!— gritó el ca-



do los restos de los elefantes. —Estamos salvados, mi capitán. Esto es un tesoro— exclamó Lucio radiante de alegría. Los indígenas mostráronse satisfechos. Ya podrían vivir en riqueza con las otras islas distantes. —Ahora tenemos que estudiar la manera de llevar a este lago el marfil que guarda, y buscar el camino seguro para traer con nosotros los elefantes de carga. Volvamos al campamento a dar la buena nueva. La fatiga ya...

EL GANGSTER PAT O'SHO



Cuando aparecieron en la orilla, los que aguardaban en el lado opuesto irrumpieron en demostraciones de alegría. —Ya hemos encontrado el marfil— gritó el capitán a corta distancia. —¡Alabado sea Dios!— contestaron a coro. Días más tarde todo el pueblo indígena celebraba alborozado danzas y fiestas por el feliz acontecimiento. Junto con la más pura civilización los intrépidos españoles les habían ofrecido el bienestar y la riqueza.

Caperucita azul

LA PRADERA AZUL

(Continuación)

El hada miró en derredor y sonrió satisfecha. Luego con paso tan tenue como el vuelo de una mariposa, dirigióse al camello tras del cual estaba escondida Tinita.

¡Ay! Sus ojitos se cerraron. ¡Ay! Su cuerpecito tembló y sus mejillas se apagaron. Venía el hada. ¿La convertiría en dragón?

El hada apartó suavemente las flores y preguntó a Tinita con voz de miel:

—¿Qué haces, hija mía?

—¡Ay, buena hada!.... ¡Ay, buena señora!.... perdóneme.

El hada le apretó contra su pecho, cubriéndola de besos.

—¡Perdonarte! ¿Por qué? ¿No sabes que yo quiero mucho a los niños? ¿No sabes que mi corazón les está esperando hace muchos años? No tengas miedo, hija mía.

—Es que cuentan—habló Tinita ya valiente—cuentan, hada, que si alguien llegaba a la pradera, usted con su varita mágica le convertiría en un feísimo dragón. Y yo no lo creo; no señora.

—Esas son leyendas que tejen las brujas, que nos odian porque ellas gozan haciendo el mal y nosotras somos felices en derramar el bien. ¡Mira, hija mía; mira las lindezas que traigo en este cofrecito! Collares de perlas y turquesas, libros de cuentos, cajas de bombones y caramelos, muñecos, balones, escopetas, sables y cocinitas. Pues todo esto son regalos que ansían distribuir mis manos entre los niños que me visitarán. Pero año tras año les esperé y nadie

vino. Sólo tú. Para ti serán mis dones, mis besos y mi bendición. Y ahora y antes de partir, pídemela una gracia, que te la concederé, hija mía.

—¡Ah, buena hada!—dijo la niña resplandeciente de gozo. Yo quiero ser Caperucita azul.

—¿Caperucita azul?....

—Sí, bella señora. Quiero conocer a un lobo y pasar por un bosque. Y visitar a mi abuelita, que también vive muy lejos y

tiene un molino. Y quiero ser una niña que la pinten en los cuentos, con muchas estampas. Y que todos digan: ¡esa es Caperucita azul! Y que rabie mi hermano Enrique, porque también me hace a mi mucho rabiar, diciéndome que él mata a muchos lobos y muchos elefantes con una escopeta así de chiquitita. ¡Ah, buena hada, quiero ser Caperucita azul!

—Pues sea—dijo el hada tocándole con su varita.

¡Ay qué linda quedó la niña! Una caperucita igual, igualita que Caperucita roja, sólo que en azul.

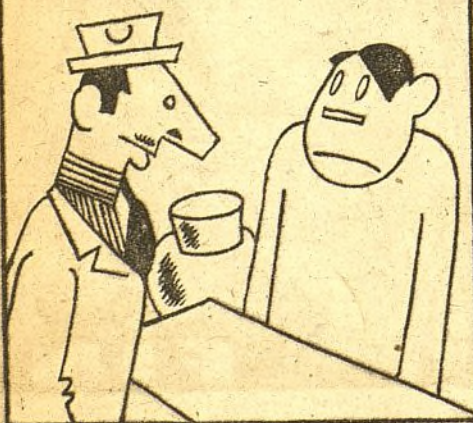
El cestito para la abuela, lleno de ricos manjares. La capotita linda, muy linda.

Josefina Bolinaga.

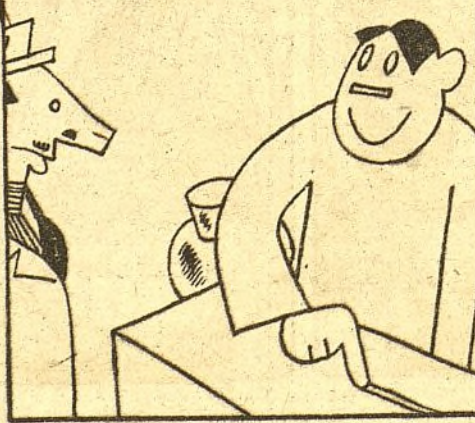


Guasoncete penetra en una lechería y con voz meliflua le dice al lechero:

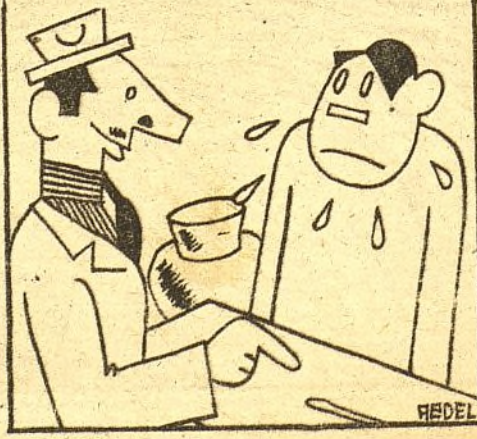
—Sírname un metro de leche.



El lechero se percata de que se trata de tomarle el pelo. Moja el dedo índice en la leche, traza una raya sobre el mostrador y la mide con un metro.



—Un metro justo de leche, caballero.
—Bien—responde Guasoncete con su meliflua voz. Ahora envuélvame la.



Se ha perdido el Niño Jesús



Doce años tenía y ya era «hijo de la Ley» porque estaba obligado a cumplirla. A eso vino al mundo y observó sus preceptos hasta la más insignificante coma de las Sagradas Escrituras. Por eso, al llegar a esa edad, marchó con su Madre María y José a celebrar la Pascua en el templo de Jerusalén. Allí pasaron los tres las fiestas, empleando el tiempo en

dar gracias al Señor por los beneficios recibidos. ¡Qué oraciones más fervorosas las de los padres, porque Dios les había encomendado a su Hijo! ¡Qué oraciones más tiernas las de Jesús, porque su Padre celestial le había puesto bajo la custodia de padres tan santos en la tierra!

Luego de cinco días volvieron los peregrinos a sus hogares. Iban por grupos; las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. Los niños podían ir con unas o con otros. Cantaban salmos y tañían instrumentos músicos: arpas y cornamusas, sonajas y salterios, flautas y rabeles. Florecían los campos y las almas. La alegría de Dios hacía sonoro el júbilo que resplandecía en sus caras.

Al atardecer del primer día y después de haber andado unos dieciséis kilómetros, se reunieron las caravanas (quizá en Beroth) para ce-

nar y regresar juntas las familias a sus casas. María y José estaban anhelantes por oír al Niño las impresiones de las solemnidades pascuales y darle un beso largo y prieto, que compensara las cuatro horas de separación.

¡Cuál sería la extrañeza de los dos esposos al encontrarse y no ver consigo a Jesús! ¡El, que nunca se alejaba de ellos! Pero no se asustaron, porque sabían que todos cuantos veían a Jesús se prendaban de El. ¡Sus ojos eran tan puros, tan serenos, tan expresivos! ¡Su conversación tan graciosa, tan interesante, tan nueva! ¡Sus modales tan humildes, tan señoriales tan compuestos! ¡Todo El tan amable que todos le querían por compañero! Por eso vendría entre cualquier grupo, tal vez con sus primos José, Santiago, Simón... o con sus vecinos de Nazaret, porque a todos, grandes y pequeños, cautivaba aquel Niño encantador. Se está viendo a María y a José a un lado del camino mirar a la gente que desfila y preguntar por su Hijo a los conocidos. La sonrisa de los saludos se va apagando, como el sol que muere a esa hora. La inquietud, el susto, la congoja, les van apretando sus gargantas. Casi sin voz van y vienen, se mezclan entre el gentío. Una por una parte, otra por otra, indagan afanosos. Se sientan en el cruce en espera inútil y eterna. Viejos cansinos, madres con niños de pecho en los brazos, se acercan despeados a la zaga de la expedición. Todavía aguardan más. Los ecos de los cánticos se han callado. Un silencio sepulcral, roto de vez en cuando por los ladridos de los perros a la luna, envuelve la noche. Clarinean los gallos alerta.



Cuando todos han pasado, los dos quedan solos, ¡qué solos sin Jesús! en medio del camino y de sus ojos brotan lágrimas que tiemblan en sus rostros, como las primeras estrellas que van asomando en el cielo. Hay que desandar lo andado. Otra vez a Jerusalén. Tristes y callados, dolientes y sollozantes. ¡Ni ganas sienten de cenar! Han olvidado el apetito que les abrió la caminata. María conoce que Jesús debe morir en una Pascua. ¡Será ya ésta, Dios mío!

V. Franco, C. M.

Cuentos de Calila y Dimna

EL LOBO Y EL ARCO

Cuentan que una hermosa mañana de invierno, estando toda la campiña nevada cual si el paisaje entero, montañas, árboles y casas fuesen de azúcar, salió un ballestero con su arco y sus saetas y fué a buscar caza. Luego de andar y de

andar, encontró al fin un venado, al que hirió mortalmente con uno de sus certeros dardos. Muy alegre, echóselo a los hombros y emprendió el regreso. Pero, ya cerca de su choza, un javalí se le atravesó en el camino. Pensó para sus adentros: «Mataremos

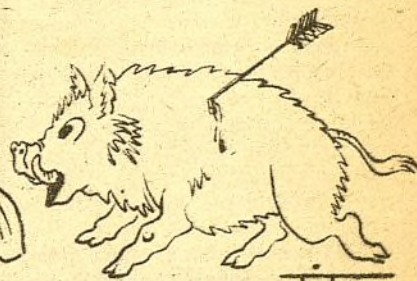
también esta pieza y mejor sobrellevaremos los rigores de enero». Y dicho y hecho. Apuntóle con su arco y su flecha, causándole una herida que le produjo la muerte. Mas no tan rápida, que no diese lugar al javalí a arremeter al ballestero enemigo, a quien de tal manera mordió, que igualmente fué muerto. Los tres cadáveres quedaron sobre la nieve. Al poco rato, un lobo hambriento los descubrió y hubo de relamerse ante un festín tan abundante como el que se le deparaba. La astucia tantas veces provechosa, aquí, sin embargo, le fué fatal. Veréis lo que pasó.

Decíase el lobo: «Aquí, demasiada comida tengo; guardaré y haré provisión, que a veces el estómago es difícil de lle-

nar y no por eso podré hoy satisfacerle para siempre; antes bien, puedo hartarme y puede esto ser causa de mi

mal; cubriré con nieve los tres cadáveres y poco a poco, día a día ya iremos dando cuenta de ellos; por hoy con la cuerda del arco nos alimentaremos». Llegóse a ella y empezó a comerla; pero así que la cortó, destrenzóse el arco dando tantas vueltas y con tanto ímpetu, que en una de ellas uno de los extremos dió al lobo en la cabeza y allí mismo quedó muerto.

Y en este ejemplo vemos cómo la codicia le aprovecharse y de acaparar, alcanzan tan ingrata recompensa.



titos
-42-





Cuento de Mari-Pepa

Dos ataques.

ESTABA ya casi curada de mi catarro y volví al colegio. No había muchas novedades. Mis compañeras habían adelantado un poquitín más en sus lecciones y yo me propuse recuperar el tiempo perdido hasta alcanzarlas. Mis intenciones no podían ser mejores, pero... llegó la hora del recreo y todas las niñas salieron al jardín. Madre Ignacia se acercó a mí cariñosamente y me dijo:

—Usted, Mari-Pepa, se quedará en clase durante ese rato. Así lo quiere su mamá, mientras no desaparezca por completo esa tosecilla rebelde. Puede jugar a lo que le parezca o leer algún libro entretenido....

Luego se marchó, dejándome completamente desorientada. Porque ¿a qué puede jugar una niña sola en una clase vacía, mientras allá abajo suenan las risas y los gritos de las otras? Y para leer no tenía a mano más que los libros de estudio, que no resultan muy divertidos durante un recreo. Me acerqué a los cristales y contemplé un rato las idas y venidas de mis compañeras. Me hubiera gustado partir trocitos pequeños de papel y echárselos desde la ventana como si fueran «confetti», pero me estaba terminantemente prohibido el asomarme, a causa del dichoso catarro. Entonces subí al estrado y llené los encerados de dibujos, mejor o peor hechos: caricaturas de mis compañeras, un paisaje con un sol hermosísimo y dos pájaros sobre un árbol. Pero pronto me faltó espacio y pasé el trapo para borrarlo. Sobre la mesa de Madre Ignacia tampoco había cosas interesantes: una pluma, dos gomas, el secante, la regla y una carpeta de hule negro. Fué entonces cuando decidí refritolear en los cajones de las demás niñas, para matar el tiempo. Y el diablillo ese que se dedica a inspirar travesuras a los niños desocupados, me sugirió una terrible idea. De cada cajón fui cogiendo un objeto y metiéndolo en otro distinto, de modo que al cabo de un rato todas las niñas tenían alguna cosa cambiada. Para cuando terminé esta faena, el tiempo del recreo había terminado. Se oían ya los pasos de las «filas» por los pasillos. Me coloqué en mi puesto y aguardé a que entraran las de mi clase. Madre Ignacia dió una palmada y todas permanecimos en pie, junto al pupitre. A la segunda palmada nos sentamos en silencio.

—Empiecen a hacer los deberes para mañana—ordenó nuestra profesora—y que no oiga yo el menor murmullo.

Cada cual levantó la tapa de su mesa para sacar los útiles necesarios. Pronto empezó a notarse una agitación y un nerviosismo desacostumbrados.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no empiezan a trabajar?—preguntó Madre Ignacia.

—No encuentro la pluma, Madre—explicó Armandita. Y yo aseguraría que la dejé aquí dentro.

—Eso se llama falta de orden—aseguró la monja. Tal vez se la haya dejado caer. Armandita se tiró al suelo

y empezó a buscar por debajo de las mesas. En aquel momento se levantó Conchita muy sofocada.

—Madre, mi cuaderno de deberes no está en el pupitre y yo lo puse con todos los demás.

—Y la goma verde, la que compré antes de ayer, me ha desaparecido de la caja también—reclamó Mari-Carmen.

—Yo no encuentro el lápiz....

—A mí me ha desaparecido el secante....

—¿Dónde estará mi sacapuntas?

—¿Quién me ha quitado el tiralíneas?

—¡A la que le encuentre yo mis lápices de colores!....

El alboroto que se armó en la clase, no es para descrito. Todas reclamaban alguna cosa y las voces de Madre Ignacia para calmarlas, resultaban completamente inútiles. Y no paró aquí el enredo, porque, de pronto, Armandita vió su pluma en el cajón de Conchita y la sacó de allí diciendo:

—Con que me la habías quitado tú y te lo callabas ¿eh?

Conchita más colorada todavía, protestaba de que sospecharan de ella. Mari-Carmen descubrió también su goma nueva en el pupitre de Angelines, y Luisina encontró su sacapuntas entre los lápices de Consuelito. Esta tuvo que sacar su tiralíneas de la caja de compases de Mari-Chari, mientras Angelines hallaba sus lápices de color en la carpeta de Armandita. Madre Ignacia se esforzaba en poner un poco de orden en aquel laberinto. Y ¿qué direis que hacía yo entre tanto? Pues morirme de risa y divertirme todo lo que me había aburrido durante el recreo. De repente, Madre Ignacia dió un fuerte golpe de regla sobre la mesa. El silencio más absoluto se hizo en la clase.

—Lo que aquí acaba de ocurrir—dijo con voz severa—no es natural y hace suponer que alguna de ustedes se ha dedicado a revolver en las mesas.

Todas las niñas se volvieron a mirarme, ya que yo era la única que había permanecido sola durante el recreo. Noté que una oleada de sangre me subía a la cara y me calentaba

como el fuego. ¿Cómo escapar de aquella terrible situación? Y entonces la tos, vino en mi auxilio. Un fuerte acceso me obligó a volver la cabeza y ocultarme así a las miradas maliciosas de mis compañeras.

Madre Ignacia, que no se había dado cuenta de nada, intervino benévola:

—Si no se encuentra bien, Mari-Pepa, baje a la enfermería a que le den una pastilla.

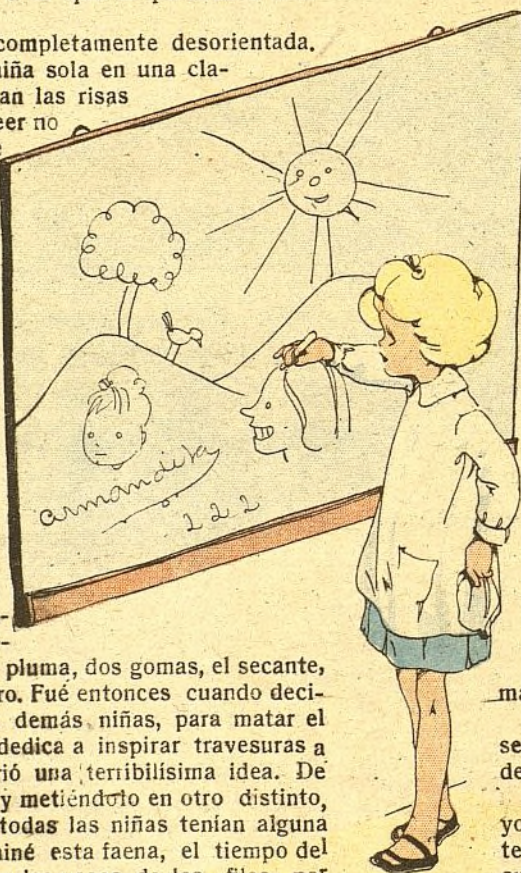
No me hice repetir la orden dos veces. Bajé de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera.

—Hermana—dije sonriente al llegar donde estaba la Hermana enfermera—¿me puede usted dar algo para los ataques?

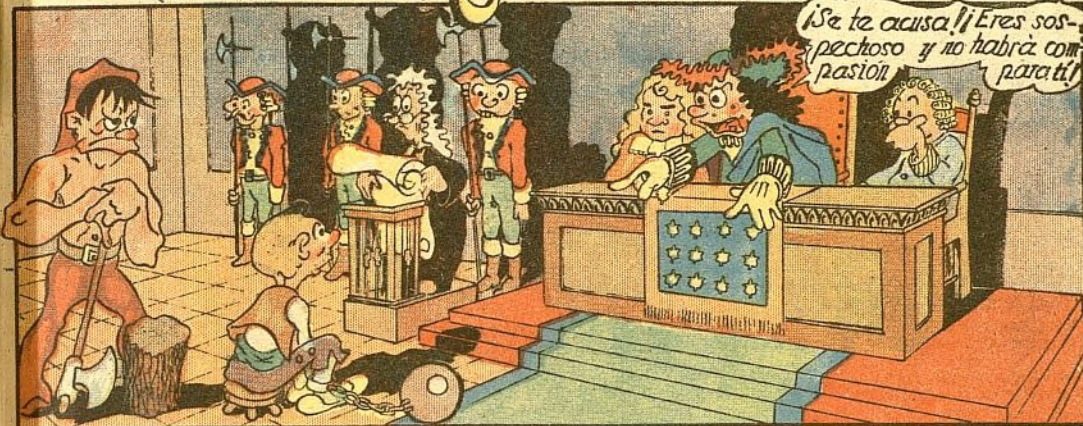
—¿Ataques de qué?—inquirió alarmada.

—Un ataque de risa y luego otro de tos—respondí. Y la Hermana me dió un caramelo.

Mari-Pepa



El Juicio.



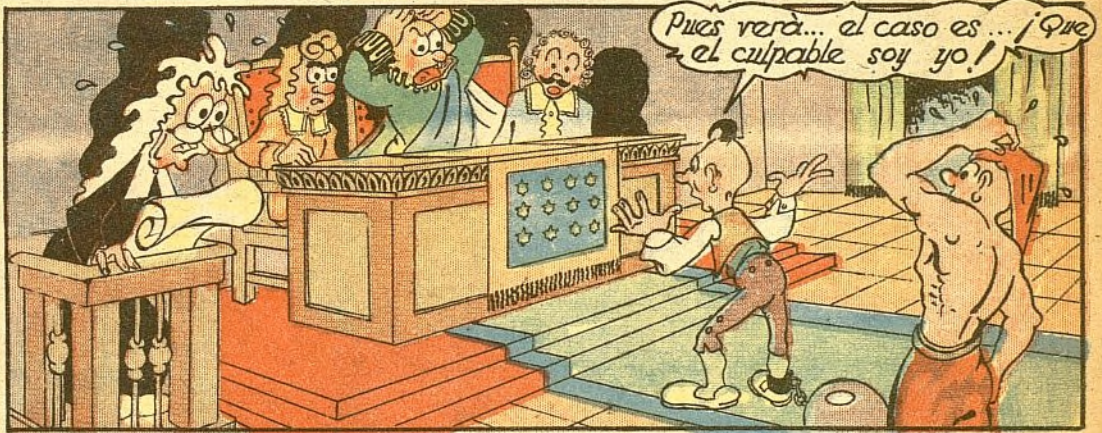
¡Se te acusa! ¡Eres sospechoso y no habrá compasión!



¿Señor Conde, si yo dijera quién es el culpable me perdonarían?



¡No cabe duda! ¡Salvarías al pescuezo lo prometo!



Pues verán... el caso es... ¡que el culpable soy yo!



ENTRE LAS MATAS.



Entre las matas
llenas de flores,
tengo yo un nido
de ruiseñores.

No tardes, niña
de mis amores;
tiempo ha te esperan
los ruiseñores.

Cuando tú llegues,
trinos de amores,
han de cantarte
mis ruiseñores.



MESA REVUELTA



SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL LOGOGRIFO: Cerillera.
A LA TARJETA: Golpejas.
AL JEROGLIFICO: Cestero.
AL ROMBO: R. Río. Risco. Oca. O.
AL TRIANGULO: Cascanueces. Cajera. Nuera. Ces.
AL ROMPECABEZAS: A ira de Dios no hay casa fuerte.
AL CRUCIGRAMA (horizontales): 1. Número. 2. Enero. 3. M. S. Soto. 4. E. V. 5. S. A. A. 6. Ir. C. 7. O. M. S. A. 8. A. 9. Cantinera.
(Verticales): 1. Nemesio. C. 2. Un. Ar. A. 3. Mes. M. N. 4. Er. I. T. 5. Ros. I. 6. O. O. San. 7. T. E. 8. O. R. 9. Vaca. A.

1 2 3 4 5 6 7 8 9



CRUCIGRAMA

Por M. A.

Horizontales: 1. Fruta seca. Cifra romana. 2. En la baraja. Vocal. 3. Ciudad de Italia. Consonante. 4. Rey visigodo. Consonante. 5. Nota musical. Pueblo de Lérida. Vocal. 6. Preposición, al revés. Vocal. Vocal. Consonante. 7. Artículo. Vocal. 8. Vocal. Consonante. 9. Natural de la Arabia Feliz.

Verticales: 1. Clase de líneas. 2. Arrasado. Vocal. 3. Punto cardinal. 4. Terminación verbal. Consonante. 5. Consonante. Población del Africa occidental. Vocal. 6. Letra. Cifra romana. 7. Mamífero. Vocal. 8. Punto cardinal. 9. Tratante en carbón.

LOGOGRIFO

1234567890 - Planta trepadora olorosa.
456789230 - Discreta, callada.
10892306 - Perversas.
0928032 - Garantizada.
123742 - Parte sólida del árbol.
10347 - Parentesco.
4210 - Parte del árbol.
126 - Signo de la aritmética.
44 - Nota musical.
9 - Cifra romana.

M.



Este señor llamado H. Oppen ha ido de Rotterdam a Kolu sobre esos «esquíes acuáticos», recorriendo unos 650 kilómetros.

TRIANGULO

00 00 00 00
00 00 00
00 00
00

Colocad una letra por cada cero y leeréis: 1. Animal que vive a costa de otro. 2. Planta que se come en ensalada. 3. Sin enfermedad alguna. 4. Silaba.

M.



—¿A qué hora coméis aquí, niño?
—En cuanto usted se marche...



Esta mula pertenece a una señora de Texas, andaba con una pata de palo. Lo más natural es que andase con «muleta».

TARJETA

Alberto de Jallocani

Pueblo de Burgos.

M.

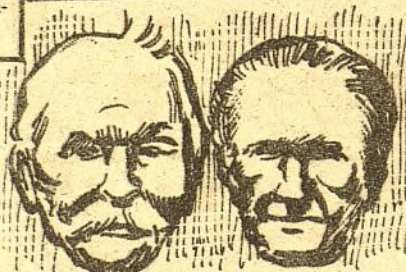


¿Sabes sumar? Seguramente, que sí; pero lo que ya no sabrás es adivinar la suma de cuatro números sin conocer los sumandos. La cosa no puede ser más sencilla en apariencia y te la vamos a explicar aquí para que presumas luego ante tus amigos de matemático o de adivino, de lo que quieras, aunque mejor será que no presumas de nada, porque eso está muy feo... A un amigo tuyo que sepa sumar y restar, dile que escriba un número de cuatro cifras; que debajo ponga otro, de cuatro cifras también, para sumarlos luego, pero que antes añada dos sumandos más, que han de ser la diferencia entre cada uno de los sumandos que ya escribió y 9.999. Cuando haya hecho las operaciones de resta y sumado los cuatro números, llega el momento en que puedes lucirte, pues sin temor a equivocarte afirmarás que la suma de los cuatro números es 19.998. Ya verás la cara de asombro que pone tu amiguito, porque este juego nunca falla, hasta el extremo de que si tu amigo sacó otro número es que se equivocó en alguna de las operaciones.

JEROGLIFICO

Artículo
Nota P. Vocal O

¿Qué buscas?



El matrimonio Paradowsky fueron padres de 24 hijos y todos murieron antes que ellos.



Este pequeño foxterrier ha sido adoptado por un grupo de granjeros de Cedarvale, (Kansas) por haber dado una alarma que salvó a este pueblo de un incendio.

JUEGO DE PALABRAS

Por OASAB

••••• Parte de un buque.

+

••••• Río de Granada.

El TODO, vegetal.

ROMPECABEZAS

Tre, Ce, Ha, Ce, Plo, Pos, Cio, Que, L., Sa, Prin, La, Bio, A, El, Ha, E, Ci, So, El, Ne, Al.

Refrán popular.

M.



Este tirador americano, tiraba sobre una carta a una distancia de 10 metros y hacía cinco blancos en medio segundo.

ROMBO

0
000
00000
000
0

En lugar de cada cero colocad una letra y leeréis: 1. Consonante. 2. En los peñes. 3. Número. 4. Gallina. 5. Vocal.

M.



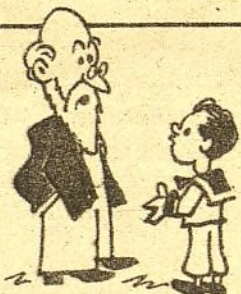
—¿Por qué bebe usted vino de esa manera?
—Porque no sé de otra, señor comisario...



Los jóvenes de las tribus de Nandi, en Africa, llevan en sus piernas dos anillos que pesan veinte kilos cada uno.



En América se encontró este fenómeno: una tortuga con dos cabezas.



—Dime, abuelito; entre dos iguales, ¿quién saluda el primero?
—El mejor educado.



En algunos casos se han convertido en árboles las estacas de una valla.

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

CHISTES

—Si te pongo dos castañas en una mano y tres en la otra, ¿cuántas castañas tendrás?
—Muy pocas, señor profesor.

—Señor Pedro, ¿aún no le han salido a usted los dientes?
—Sí, hijo; pero los he perdido.
—¿En dónde?
—Me los quitaron siendo quinto.
—¿Y cómo?
—De una gran bofetada.

Madrid.

El cuento de la abuelita

La niña está sentada junto al hogar; es invierno y la nieve cayendo en copos va. La abuela junto a ella un cuento va a empezar. Pues señor, (dice ahora) la Princesa Coral era muy revoltosa. ¿Igual que yo, abuelita? No, niña mía, aún más. Una bruja hechicera se la quiso llevar; la princesita llora, desconsolada está, la bruja con sus garras a cogerla va. ¿Y qué más abuelita? Verás Luci, verás. Y la princesa implora (bruja, déjame ya, que yo seré muy buena! no, (dice) tú vendrás, te llevaré a mi choza y tú me servirás. Pero entonces, volando, llega el hada bondad, que oyó a la princesita que iba a ser buena ya, con su varita mágica a la bruja del mal convierte en una urraca, que volando se va. La princesita ríe; ¿qué contenta está ya! siempre será muy buena como el hada bondad. La abuela ve a la niña que durmiéndose está; la lleva a la cama, la acuesta y se va. Y la niña sueña con el hada bondad, con la bruja hechicera y Princesa Coral.

Madrid. 15 años.



José Narro 13 años.—Madrid.



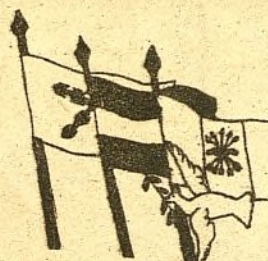
María Lourdes 13 años.



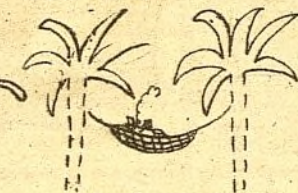
Lorenzo Aznar 14 años.—Tafalla.



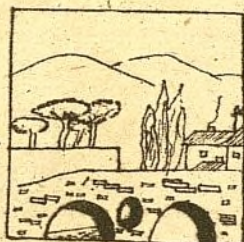
Mercedes Mata 12 años.—Lugo.



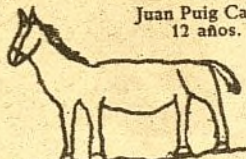
Ramona Foradada 12 años.—Ilche.



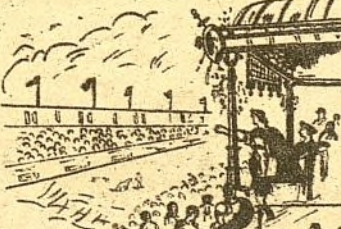
Josefina Olivella 9 años.



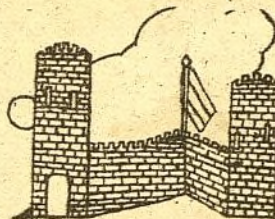
Juan Puig Cairrol 12 años.



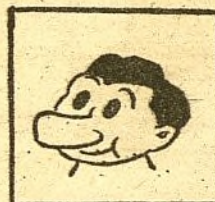
Manuel Fernández 8 años.—Madrid.



Ignacio Legorburu 13 años.



Leopoldo Calleja 11 años.



Antonio García 11 años.—Madrid.



Eduardo Guereñu 11 años.—Eibar.



¡Atención niños!

Se recuerda a nuestros pequeños colaboradores, que si en lo sucesivo no cumplen con las bases que volvemos a publicar, sus dibujos o trabajos literarios serán rechazados, sin recibir contestación alguna.

Bases de Colaboración Infantil.—Para que un dibujo o trabajo pueda ser admitido en la página de nuestra revista, deberá ser presentado con las siguientes condiciones:

- 1.ª Los dibujos deberán estar hechos con tinta china negra.
 - 2.ª En papel bueno y a poder ser de barba.
 - 3.ª Que no excedan más de diez centímetros, ni sea menos de cinco.
 - 4.ª Que el nombre, edad y residencia, vayan puestos al pie del mismo trabajo.
 - 5.ª Que esté limpio y muy bien presentado.
 - 6.ª Que sea un solo dibujo y vaya acompañado del correspondiente cupón.
- Trabajos literarios.**—1.º Han de ser originales.
2.º No han de pasar de dos cuartillas a doble espacio.
3.º Estén escritos a máquina, o con tinta muy clara y limpiamente.
4.º Vengan firmados y acompañados del correspondiente y único cupón.
5.º Se indique en el sobre: Para Colaboración Infantil.

Nota.—En caso de no reunir las dichas condiciones o faltar a una de ellas, podrá ser excluido sin derecho a ninguna reclamación.

Ayuntamiento de Madrid

LEYENDO «MIS MEMORIAS»

—¿Qué lees, Pelayín?
—Muchas y muy bonitas cosas.
—Tú siempre lees cosas muy amenas, Pelayín.
—Sí, Flechín, porque estamos de vacaciones y es el tiempo de la expansión del cuerpo y del espíritu.
—Pelayín, me pareces un padre predicador.
—Hombre, hay que saber de todo.
—Pero no plagiar a todos, Pelayín.
—¡Chist!... Eso despaquito y con pulso.
—Pues bien, ¿qué lees? (Pausa). ¿Qué ves que así te absorbe la atención?
—El horizonte azul-marino, tocado de tenue gasa que tejen las olas, alzando al alto su vital aliento; el cielo desembozado a trechos para ver las inmensas olas con su mitológico galopar sobre la pista del océano; aquí vertiginosos saltos de los peces que dejan en el espacio una estela de luz deslumbrante, flúida de sus escamas y más allá... los palacios flotantes que la mano del hombre armó para botarlas sobre las ondas, descanso de vacacionistas y lazo de relaciones entre los continentes; todo sume mi espíritu en inefable éxtasis.
—¡Bravo! ¡Sobresaliente! Paisaje rosa, aéreo, ¡entusiasmato!
—Nada, Flechín, yo así leo y así contemplo el cielo, la tierra y el mar.
—Pues yo, Pelayín, desde hoy te plagiaré y veré las cosas con tus ojos propios. Es maravilloso modo de saborear el arte de la naturaleza este que tú tienes.
—Me gusta, me gusta que veas las cosas como son en sí; libros abiertos que la mano de Dios con piedras, árboles, flores, etc., escribió. Y ¿qué más me dices, Flechín?

—Ya ves, pensaba cogerte un FLECHAS y PELAYOS en las manos repasando sus secciones tan deleitosas...
—Sí, Flechín, ya lo leí; pero tengo un sentir sobre nuestra Revista.
—¿Bueno o malo?
—Algo, algo... Si no dime, ¿por qué esos versos-poemas firmados por chiquillos y chiquillas de 11, 12 y 13 años, cuando son copiados de libros que figuran en mi biblioteca o provienen del tancionero popular?
—Bien, pero eso ¿qué tiene de malo? Cuando menos indica que son leídos y aplicados.
—Sí, sí; pero entonces las leyes o derechos de propiedad literaria piden se acompañe la obra de donde proceden y no se pone la firma y la edad como si fuesen engendro de esos bardos en ciernes, futuros vates del Parnaso.
—Soy de tu parecer, Flechín y pienso comunicarlo a nuestro Director; porque pienso que como tú pensarán muchos de nuestros lectores, lo cual nos desahorra y favorece a Chicos que, ¡vaya lo bonito que viene!
—Haces bien y dile que publique la advertencia en FLECHAS, amenazando a todos los plagiarios con la no publicación de sus poemas.

Peña Covarga.

Polesay Pilecigros. 7 años.



Enrique Torralba 14 años.



Antonio González 10 años.—Lerma.



Julio Benito Sanz 10 años.



Petra Torregó 12 años.—Madrid.

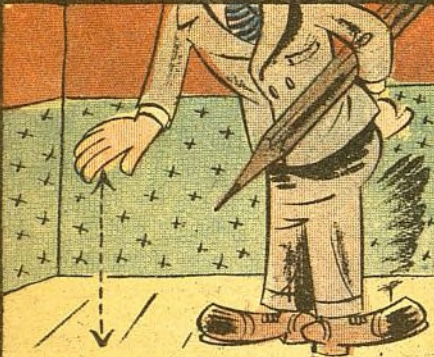


Francisco Muñoz 13 años.—Madrid.



Carmen la Concha 11 años.—Feria.

UN CUENTO DE CAMINO.

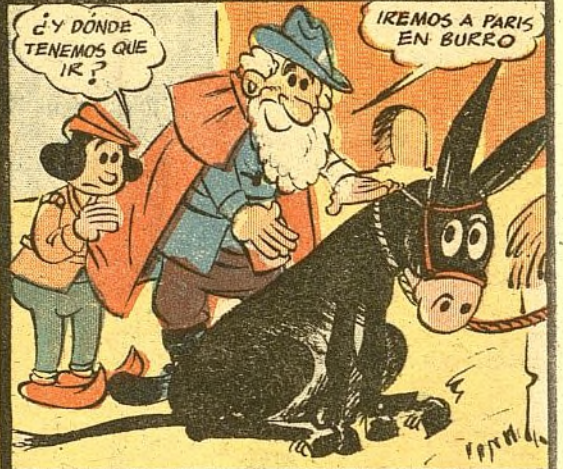


Quando yo era así de pequeñito, queridos niños, me contaron este cuento, muy sabroso por su grasa, digo por su gracia, y hoy os lo cuento yo con menos gracia, pero con la misma sustancia.



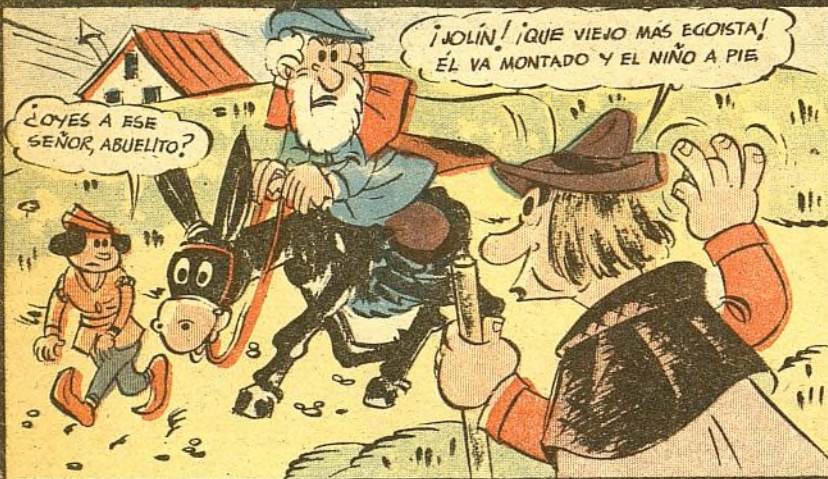
TENEMOS QUE HACER UN VIAJE

¡QUÉ LÁSTIMA! CON LO BIEN QUE ESTÁ UNO SIN MOVERSE DE CASA



¿Y DÓNDE TENEMOS QUE IR?

IREMOS A PARÍS EN BURRO

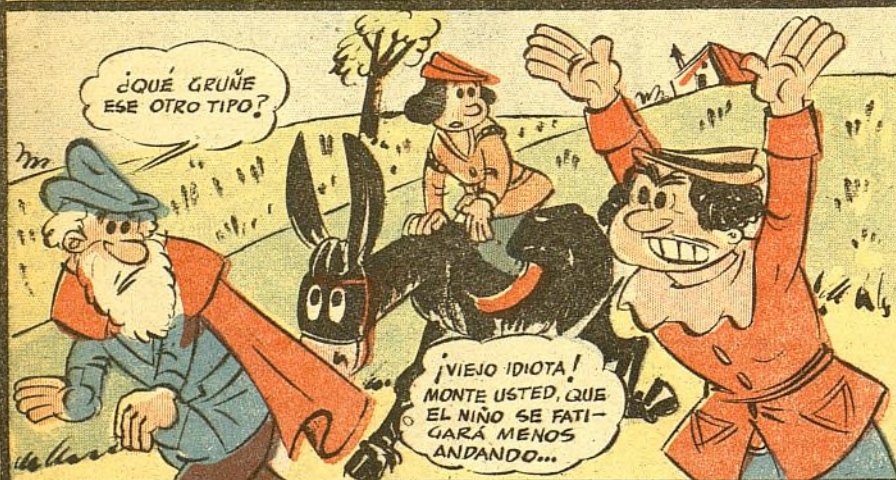


¡JOLÍN! ¡QUE VIEJO MÁS EGOISTA! ÉL VA MONTADO Y EL NIÑO A PIE

¿OYES A ESE SEÑOR, ABUELITO?



¡TIENE RAZÓN! AHORA MONTARÁS TÚ EN EL BURRO



¿QUÉ GRUÑE ESE OTRO TIPO?

¡VIEJO IDIOTA! MONTE USTED, QUE EL NIÑO SE FATIGARÁ MENOS ANDANDO...



SE ME OCURRE UNA IDEA: MONTEMOS LOS DOS EN EL BURRO, Y ASÍ NADIE PODRÁ CRITICARNOS



¡QUÉ BURRADA! IR LOS DOS MONTADOS SOBRE EL ASNO



IREMOS TODOS ANDANDO

¡MIRA QUE TONTOS! VAN A PIE LOS DOS TENIENDO UN BURRO!!



Moraleja:

SI OBRAR A GUSTO DE TODOS, EN ESTE MUNDO ES TU DESEO... ¡YA ESTÁS LISTO MACABEO!

